



ZANGUEBAR.—ENTRE LOS KIKUYUS: PIEZA DE CAZA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. (Pág. 91)

CARTAS DE MISIONEROS

UNA LIMOSNA PARA EL SHENSI SEPTENTRIONAL (CHINA)

El R. P. Fr. José M.^a Iruarrizaga, O. F. M., que como saben nuestros lectores recorre España buscando entre sus compatriotas los recursos que le precisan para salvar las almas que Dios confió á su celo, nos escribe desde el Norte la siguiente carta cuya lectura encarecidamente recomendamos, pues evidencia el bien hecho, garantía de lo mucho que se lograría si la falta de medios materiales no obliga á suspender obras que tales resultados dan. No lo consentirá el celo de los católicos españoles. ¡Una limosna para el Shensi!

ADJUNTO una lista de los frutos espirituales obtenidos por el celo y actividad de los Franciscanos españoles del Vicariato del Shensi septentrional en China. Estos datos están tomados de los que nuestro reverendísimo señor Vicario Apostólico ha presentado á la Sagrada Congregación de Propaganda Fidei el año próximo pasado.

Por esa lista comprenderán los lectores de *Las Misiones Católicas*, lo mucho que hay todavía que trabajar en aquel pobre Vicariato, y al mismo tiempo les servirá de dulce consuelo el número respetable de cristianos con que contamos, y mucho más todavía el de los niños gentiles que han podido bautizarse.

Vicariato del Shensi septentrional

Paganos ó infieles.	8.000,000
Cristianos bautizados.	25,116

AÑO XVII.—NÚM. 332

Adultos bautizados durante el año.	740
Niños de gentiles bautizados <i>in extreme- mis</i>	3,963
Confesiones durante el año.	45,671
Comunionen id. id.	67,084
En el Seminario, número de seminaris- tas.	24
En el colegio y preparándose para el Seminario.	49
Catequistas y personas docentes del Vi- cariato.	117
Casas para pobres recogidos.	4
Asilos de ancianos.	2
Niñas del Orfanotrofio.	1,052
Hospitales gratuitos.. . . .	2
Enfermos curados durante el año.	46,089
Actualmente existen en los hospitales.	259

Esa lista enseña de cuántas maneras puede ejercerse la virtud de la caridad: las limosnas pueden destinarse á propagar la Religión y el dulce nombre de Jesús, á regenerar niños y de ellos hacer angelitos para el cielo, á ejercitar obras de misericordia para con los enfermos; en esta lista hay para todos los gustos.

No dejen los amigos de *Las Misiones Católicas* de socorrer á la hoy tan necesitada Misión del Shensi septentrional.

31 DE ABRIL DE 1909

ISLAS FIDJI (OCEANÍA)

Vida del misionero

La vida en Oceanía, sobre todo en las islas, donde los *paquebots* no hacen escala, es particularmente dura para los misioneros. No tienen, para sostenerse en medio de su ministerio lleno de fatigas, ninguna de estas mil invenciones de la civilización, que tan poco apreciamos nosotros por estar acostumbrados á ellas, pero cuya falta se hace sentir vivamente. He aquí algunos detalles de la vida del misionero en las islas Fidji, que esperamos serán del agrado de nuestros lectores:

CARTA DE UN MISIONERO MARISTA

CUANDO el P. Buret llegó á la residencia de Naiselagi, el P. Calviac estaba muy necesitado de auxilio: diez años de incesante trabajo habían agotado sus fuerzas. Actualmente son dos, y apenas pueden con tanto trabajo.

Este es de tres clases. Primero deben visitar á los cristianos diseminados por los pueblos de los alrededores, que distan á 25, 30 y aun 50 kilómetros de la estación. ¡El pobre caballo del P. Buret os diría cuántas veces ha recorrido estos escabrosos senderos! Llega el Padre á un pueblo, y cristianos é infieles salen á recibirle. Son muy curiosos y parlanchines. Les gusta mucho «discursar.» La menor decisión que haya de tomarse, es para ellos motivo de interminables discursos. En la última Misión dada en Naraviravi, los ancianos tuvieron que discutir más de una hora para decidir qué árbol debía cortarse para labrar la cruz de la Misión.

Su inteligencia, desgraciadamente, es menos viva que su lengua, y el pobre misionero debe gastar muchísima paciencia para introducir paulatinamente en estos cerebros rebeldes las verdades de la Religión. Cuando un misionero puede permanecer ocho días seguidos en un pueblo, entonces el trabajo es más sólido y la impresión más duradera. Por la noche, acabado el rezo, todo el mundo entabla conversación. Me preguntan las costumbres de los blancos y yo les pregunto las suyas.

Una noche uno de los hombres más notables del país, que responde al rimbombante nombre de «Viento de la Guerra», nos contó esta historia.

«Descomunal pelotera se había armado entre mi tribu y la vecina: llegaron á las manos, y tendidos en el campo quedaron diez hombres muertos. Los jóvenes proveyéronse de agudas estacas y fueron á cavar un gran hoyo circular en medio del pueblo. Las mujeres llevaron á este hoyo cuanta leña encontraron, y sobre ella echaron piedras. Luego prendieron fuego. Pronto las llamas lamieron las piedras, acabando por envolverlas en inmenso torbellino. En cuanto estuvieron bien calientes, retiraron el rescoldo y la ceniza, y, en este horno improvisado, metieron, envueltos con hojas de banano, los diez cadáveres. Luego pusieron encima hierbas y ramas secas, y finalmente lo cubrieron todo con una capa de arena. En todo el pueblo se sentía fuerte olor de carne asada. Durante tres largas horas hombres, mujeres y niños en danza macabra, locos de alegría entonaron, rodeando la hoguera, cánticos de victoria. Asados los cadáveres y á punto de comerse, quitóse la arena, la hojarasca y las piedras, y se pro-

cedió al reparto de las víctimas. Cada familia recibió su parte.

«El anciano «Viento de la Guerra» contaba estos horrores sin la menor emoción.

«—¿Y es buena la carne humana? me atreví á preguntar.

«—¡Excelente! Mejor que la de buey. Sin embargo prefiero el cerdo.»

¡Pobres antropófagos! Afortunadamente á medida que abrazan la Religión olvidan estas bárbaras costumbres. Durante la última Misión siguieron todos los ejercicios con ejemplar puntualidad y curiosos como niños.

Lo que desconsuela al misionero es su inconstancia y movilidad. No ponen la menor dificultad en prestar oído á las pérfidas insinuaciones del ministro protestante ó de su catequista, y así cada día nos vemos obligados á refutar mil calumnias; esto no deja avanzar mucho, pero paulatinamente el número de católicos aumenta. (En 1907 se administraron 149 bautismos).

Regresa el misionero á su residencia y en ella empieza el segundo ministerio: la formación de los niños confiados á la Misión. Una Hermana cuida de treinta y dos niñas, y el Padre de veinte niños.

Son una pesada carga para el modesto presupuesto de los misioneros; hay que alimentar y vestir á todos. Claro que el vestido es poco y casi menos que poco en verano, y cierto también que está libre de las variaciones que exige la moda; en cambio el apetito es colosal. Pesada carga son también moralmente considerados, pues el misionero que quiere civilizar á estos cerebros jóvenes, debe enseñarles á leer, á escribir y á contar, y más que todo esto, á amar y servir á Dios Nuestro Señor. ¡Cuánta paciencia requiere!

Un día, al llegar á la iglesia para dar clase, vi una gran masa de carne negra, redonda, con multitud de piernas que salían en todas direcciones, lanzando agudos gritos. Era mi auditorio: quince diablillos que, no sabiendo hacer otra cosa mientras me aguardaban, entreteníanse en probar sus fuerzas en lucha general.

«¡El Padre!» gritó uno al verme por entre las piernas del vecino.

«¡El Padre!» repitieron todos á un tiempo.

Alarma general. En menos tiempo del que empleo en describirlo, la masa negra se deshizo, se descompu-so como por encanto; cada uno halló su par de brazos y sus dos piernas, y corrieron á ceñirse el retazo de tela que les hace de vestido. Quince angelitos, ojos bajos, bocas serias, modestamente sentados ante mí, esperaban silenciosos empezara la lección.

Una oracioncita, luego un cántico, después recitar un capítulo del Catecismo, donde los que nada saben son los que más gritan:

Breve explicación de la lección:

—Veamos, Emeriko, ¿cuántos dioses hay?

Después de larga reflexión:

—¡Muchos, Padre!

—¡Muchos!... ¿Cuáles son?

—El del Pueblo, el de las Fuentes, el del «Agua que corre,» el de..., el de..., en fin, el de los blancos.

Una vez más tuve que repetirles que los dioses que

adoraban sus abuelos eran dioses falsos, ídolos, y que no hay más que un solo Dios en tres Personas.

Acabadas las explicaciones, algunos consejos prácticos.

—Tenéis, queridos niños, deberes que cumplir. Ante todo para con Dios. Vuestros deberes para con Dios son la oración y el buen comportamiento en la iglesia. Hoy me he escandalizado al entrar...

Pero, ¡adiós, atención! una lagartija inoportunísima trepaba por una columna, y mi gente dejó de mirarme para admirar á ella. Pelagio la señalaba á los demás con el extremo de su índice. Tuve que precipitar el desenlace:

—A rezar, niños.

La oración, un cántico..., y desaparecieron, como pájaro un instante cautivo, feliz porque recobra la libertad.

¡Ah! Se necesita paciencia para formar los niños. Es la obra difícil por excelencia. Sus padres no cooperan á nuestros esfuerzos, y ellos se cansan pronto de una vida regular que no se asemeja en nada á su holganza tradicional. Por un camino á veces aquellos en quien más fiaba abandonan al misionero y ni vuelven á acordarse de él. Y entonces... Hay que volver á empezar con otros... No quiero desalentarme: los que perseveren serán el verdadero sostén del Catolicismo en estos pueblos.

Quando el misionero regresa de una excursión apostólica ó cuando ha pasado entero el día entre sus turbulentos alumnos, haciendo sucesivamente de maestro de escuela, de catequista y de profesor de agricultura, ó mejor, de agricultor modelo, claro está que tendría necesidad de gustar las delicias de un sueño reparador en una casa, sino cómoda y agradable, por lo menos sólida y bien cerrada, al abrigo del calor en verano y de las lluvias y vendavales en invierno.

Pues bien, su residencia es una mísera cabaña indígena, abierta á la intemperie; ¡qué feliz sería si poseyera una casa igual á un almacén que han construido aquí unos comerciantes ingleses!

Lo más difícil es hallar los dos ó tres mil francos necesarios para pagar las tablas y el zinc que entran en la construcción. ¿Se dignarán los generosos lectores de *Las Misiones Católicas* destinar á esta buena obra algunas de sus limosnas? ¡Qué alegría para mí, si las limosnas me permitieran empezar las obras y sustituir por otra mayor mi pequeña capillita!

NOTICIAS VARIAS

Rusia.

Los Padres Redentoristas.—Reconociendo el Gobierno de San Petersburgo lo útil y beneficioso de las Misiones de Padres Redentoristas en Siberia, concedió á nuestros Padres amplias facultades para emprender una excursión apostólica en toda el Asia Septentrional; por lo cual, á fines del mes de Mayo, tres misioneros salieron de Polonia, é internándose en las frías estepas de Siberia, dieron principio á sus trabajos en las poblaciones asentadas á la falda de los montes Urales. Todas las ciudades de alguna importancia, en que había número considerable de católicos, fueron glorioso teatro de su celo

infatigable, llegando de este modo á dar vista á los mares de¹ Japón. Punto final de tan larga expedición fué la famosa ciudad de Vladivostok. El bien que en todo este tiempo realizaron y los frutos que lograron recoger fueron incalculables, ya reavivando la fe dormida en los pechos católicos, ya atrayendo al seno de la Iglesia gran número de cismáticos. También abjuró el Protestantismo, abrazando nuestra fe, un oficial del ejército, cuya esposa, cismática, acudía con ejemplar asistencia á todos los ejercicios de la Misión, derramando copiosas lágrimas al escuchar la divina palabra; con todo, no tuvo la dicha de salir del error.

Hallándose los misioneros predicando en la populosa ciudad de Tomsk, presentóseles un buen cismático, quien les refirió el siguiente caso, que no dudamos de calificar de portentoso: Este cismático, según propia confesión, había sido educado en la fe católica; pero luego con el tiempo había sido adscrito á la comunión cismática. Tenía proyectado hacer un viaje á Tomsk, mas, presa de gravísima enfermedad y puesto á dos dedos del sepulcro, quiso reconciliarse con la Iglesia, haciendo llamar á su lado á un sacerdote católico; pero como no hubiese ninguno en el lugar en que él habitaba, presentósele un pope, al cual no quiso admitir en su casa.

Desesperado de hallar auxilio en lo humano, se dirigió al Cielo, que le oyó benigno. Una noche ve de repente en su habitación á la que es Madre de misericordia y consuelo de afligidos; la cual le manda que á la mañana sin tardar se ponga en camino para Tomsk, en donde se hallaban predicando unos Misioneros, quienes le dirían lo que había de hacer. Sin dudar un punto, no bien fué de día y aprovechando la ausencia de su mujer, abandona la cama y en medio de agudísima fiebre se pone en marcha. Mes y medio duró su larga caminata, llegando por fin completamente restablecido al término deseado. En Tomsk asistió á la Misión, y después de haber recibido el sacramento de la Penitencia, ingresó en el seno de la Iglesia con grandes muestras de alegría.

Si grande fué el celo que nuestros Padres desplegaron por atraer ovejas descarriadas al redil del Buen Pastor, no fué menor, si cabe, el empeño, digno de mejor causa, con que trabajó un sacerdote mogol por convertir á nuestros misioneros á su falsa religión, intentando demostrar que la nuestra era absurda, pues admitía en Dios unidad de esencia y trinidad de personas.

En un lugar confesóse una mujer china en latín, lengua que sin duda habría aprendido de algún misionero.

Diecisiete días de rapidísimo tren costó la vuelta á los Padres, á saber: desde el 28 de Septiembre hasta el 15 de Octubre.

Fernando Poo.

¿La enfermedad del sueño en Fernando Poo?—Valgan lo que valieren las observaciones que sobre la enfermedad del sueño en Fernando Poo nos remite un misionero residente en el distrito de esta isla más castigado por tal dolencia, las estampamos aquí, dejando su examen á personas competentes en medicina. Dice así

«1.ª He observado que casi siempre ataca á individuos de carácter flemático ó dominados por alguna afección moral, tristeza...

«2.ª Que precede la constipación en las deposiciones fecales y supresión de la «regla» en las mujeres, necesitando siempre purgantes ó laxantes para deponer, siendo esto ocasionado por alguna fuerte indigestión ó por el uso de muchos purgantes.

«3.ª Que al llegar el período en que el enfermo nota pro-

pensión al sueño, tiene la lengua siempre saburrosa, no siente dolores de vientre sino cuando pasan muchos días sin defecar: sobreviene entonces algo de fiebre por las tardes, falta de apetito y la consiguiente debilidad, que se va acentuando lo mismo que el sueño á proporción que toma el enfermo más purgas y come menos, pero sin dolores de ningún género, hasta que muere por consunción. Unos van enflaqueciendo hasta quedar con solos piel y huesos, otros parece quedan hinchados; pero todos comienzan por lo mismo, ó sea estreñimiento y necesidad de continuas purgas.

«4.ª En general he observado que cuando los morenos tardan mucho en purgarse y están varios días sin comer, como quiera que á ellos no les apetece el caldo ni la leche, se debilitan tanto que cuesta mucho el rehacerlos; se les indisponen los alimentos, necesitan excesivas purgas que degeneran en estreñimiento y aparecen pronto las ganas de dormir, máxime cuando se tropieza con individuos de carácter flemático como son muchos bubis.

«¿Quién sabe si esta enfermedad en Fernando Poo será una especie de anemia cerebral ó cosa por el estilo, más bien que la llamada enfermedad del sueño?»

Africa

La Confederación del Africa Austral.—Las colonias inglesas del Africa del Sur: el Cabo, Natal, Transwaal y Orange, han decidido seguir el ejemplo de Canadá y Australia, formando una unión de provincias. La cuestión de la capital se arregló por compromiso entre las dos ciudades que pretendían este honor: la administración central y los ministerios residirán en Pretoria, el centro de la región minera y agrícola; mientras el Parlamento celebrará sus sesiones en la ciudad del Cabo ó Cape Town. Según el Bill aprobado en Durban, el rey nombrará al Gobernador General, el cual será comandante en jefe de las fuerzas de tierra y de mar de la Unión. El Parlamento constará de un Senado y de una Cámara de diputados. De los senadores, 8 serán nombrados por el Gobernador; los demás serán elegidos por las provincias, á razón de 8 senadores por provincia. El número de los diputados se basará sobre la población de raza europea: habrá 51 por el Cabo, 17 por Natal, 36 por el Transwaal y 17 por Orange. La nueva Constitución será sometida á la aprobación de las legislaturas provinciales á fines de Marzo.

China.

Nuevo Prelado.—El Rdo. P. Henniñ, procurador de las Misiones franciscanas, nos escribe:

«Francia y la Orden Franciscana acaban de dar un nuevo Obispo á la Iglesia de China: el Ilmo. Sr. Gabriel Maurice, obispo titular de Lesbit, vicario apostólico del Cheu-si septentrional. Hijo de la católica Bretaña, nació en La Plaine (diócesis de Nantes), en 10 de Octubre de 1862. En el Colegio seráfico que dirigían en Caen los Hijos de San Francisco, recorrió el ciclo de los estudios humanitarios. Terminados los cursos, solicitó ser admitido en las filas de sus profesores (2 de Agosto de 1878), hizo los primeros votos el 4 de Agosto del año siguiente, y los solemnes el 4 de Agosto de 1882.

«Cuatro meses después, partía para China. Estudió tres años en Hu-pé y otros tres en U-tchang, siendo luego destinado al Cheu-si, donde fué ordenado sacerdote en 5 de Septiembre de 1885.

«Los disturbios que tanta sangre derramaron en China á fines del pasado siglo, acarrearón á la Misión del Cheu-si, gravísimas dificultades pecuniarias. Viendo que no podían librarla de ellas los indígenas, el venerable Sr. Pagnucci, que á la sazón gobernaba este Vicariato, envió al P. Gabriel á tender la mano á los católicos europeos. Después de haber llenado cumplidamente el deseo de su Pastor, el P. Gabriel volvió á la Misión. A su regreso al Asia, prestó señalados servicios al Gobierno chino, quien en paga de los mismos le otorgó el botón de mandarín.

«El tiempo de los infortunios no había pasado aún. El ilustrísimo Sr. Pagnucci murió cargado de años y de méritos. El ilustrísimo Sr. Rizzi, su sucesor, bajó pronto al sepulcro, y el Ilmo. Sr. Goette apenas si llegó á sentarse en la Silla Episcopal.

«Para consolar al rebaño, afligido por esta triple pérdida, era indispensable un hombre de experiencia, que disfrutara de la consideración de las Autoridades civiles y del aprecio y afecto de los misioneros y de los cristianos. El P. Gabriel ha sido el escogido. Roma le nombró Vicario Apostólico del Cheu-si septentrional el 1.º de Agosto de 1908, y cuatro meses después, el 30 de Noviembre, festividad del Apóstol San Andrés, el Ilmo. Sr. Schang le confería, en Chefu, la dignidad episcopal. *Ad multos annos!*»

INDIAS ORIENTALES. — TANGATAMAL Y GOVINDASUAMI

POR EL P. ANDRÉ, S. J., MISIONERO DEL MADURÉ (INDIAS ORIENTALES)

(Conclusión)



UANDO despertó, el tren estaba ya en Tanjor, una estación más allá de la en que se quería bajar, y le fué forzoso seguir hasta Trichinopoly, á donde llegaron varias horas después. Bajados del tren, el anciano los condujo derecho al convento de Santa Ana, solicitó que los admitieran, pero la Madre Superiora lo remitió al P. Arulaper, encargado entonces de los catecúmenos.

Acudió este Padre, luego que llamaron á la puerta; pero el anciano se había quedado atrás y la mujer se encontró sola con sus hijos en presencia del Padre Misionero. ¿Qué quieres? preguntó éste.—He venido

aquí á pesar mío, contestó aquélla; el anciano que viene atrás, me ha traído á V. Y diciendo esto, se volvió para señalar al anciano que la había traído; pero apenas alcanzó á divisar una sombra que se deslizaba detrás de una columna de una baranda. Señor, venid acá, exclamó el Padre; pero nadie vino. La mujer va á buscarle, pero no lo encuentra; los niños miran á todas partes, mas sin ver á nadie. Ni en la baranda, ni en el patio, ni en parte alguna se pudo encontrar al que había traído á aquellos desgraciados; hubo un momento de profunda admiración y de espanto. «Pensará acaso el Padre que quiero burlarme de él,» se dijo á sí misma aquella mujer pagana.

«No lo pensó, no. San José, el buen San José ha hecho repetidas veces lo mismo. Antes, lleno de la caridad que Jesucristo ha depositado en el corazón del sacerdote, recibió con amor el Padre misionero á esa pobre alma que el cielo le enviaba, al parecer, milagrosamente. En seguida le preguntó: —¿Por qué te trajo aquí ese anciano? ¿qué te dijo? ¿dónde lo encontraste y en qué circunstancias? Volvió entonces la desgraciada madre á contar su triste historia: la salida de su casa, la desesperación que la había conducido á Nidamanga, el encuentro con el anciano y todos los pormenores del viaje.

El Padre misionero estaba hondamente conmovido. Consoló, fortificó á la desesperada madre, le habló de nuestra santa Religión y de la esperanza cristiana, y le prometió, además, socorrerla á ella y á sus hijos. De este modo le ganó en seguida el corazón, para ganarle bien pronto el alma. En efecto, á los pocos meses se bautizaba Tangatamal y recibía el nombre de Victoria; la misma gracia tuvieron sus hijos, y desde entonces Victoria fué felicísima, viviendo con lo que le proporciona su trabajo y la caridad católica.

Luego que pudo, se volvió á Managurdi á buscar á los cuatro hijos que habían quedado allí. Tuvo la alegría de traer á tres de ellos: sólo el mayor no quiso seguirla. Es todavía pagano, rogado por su conversión. Los otros tres se instruyeron en nuestra santa Religión, y se bautizaron. A uno de ellos tuve yo en mi división en el Colegio de Trichinopoly; ahora está en Colombo. Este año entró otro al Seminario Menor del P. Lacombe, y es joven de muchas esperanzas. Las niñas han tomado ya estado, y habitan con su madre en el Topú (casa donde viven los cristianos recién convertidos á nuestra santa Religión).

Y ahora ¿creeréis que mi narración está acabada? Pues no, queda aún lo mejor del cuento.

Cierto día del mes de Mayo (1908) Singarayan, el joven seminarista, entró de repente en el cuarto del P. Lacombe:—Padre, Padre, exclamó, ¿sabe V. R. lo que acabo de ver? Pues, á mi padre.—¡Vaya, vaya! contestó aquél en tono de incredulidad.—Sí, Padre, sí,

hace poco estaba yo en el Topú, y á tiempo que mi madre trabajaba no lejos de la casa, de repente se le acercó un hombre que la miró con fijeza, pero sin decir palabra. ¡Era él, le reconocí muy bien, lo mismo que mi madre. Ella no dijo nada al principio, pero se puso á llorar; mi padre lloraba también.—Y tú ¿qué hiciste? Yo no lloré, contestó Singarayan con sencillez y entereza; no hice más que mirar.

¡Cuán justificados hubieran sido, sin embargo, la emoción y las lágrimas de aquel joven! Después de una larga ausencia de diez años, el padre, cuyo rostro demacrado revela el cansancio, el trabajo y la fiebre, vuelve á encontrar á su familia muy lejos del hogar natal, de donde la desterró el hambre, olvidada de los dioses que él adora todavía, y consagrada al culto de una divinidad desconocida para él. Y la madre... ¡qué terrible visión del pasado, de ese pasado tan lleno de angustias y de desesperación, fué para ella ese encuentro repentino!

«Soy cristiana, dijo; ven, Govinda, querido esposo mío, ven; yo te llevaré al sacerdote católico, y nuestras vidas volverán á unirse.»—Yo soy Indo, contestó Govinda, y pretendo serlo siempre.» Dejose sin embargo conducir y presentar al P. Lacombe, quien no perdió la esperanza de ver mejorar algún día las disposiciones de aquel pagano. Dos cosas le faltan: primero, la gracia de Dios, que vuestras fervorosas oraciones le pueden alcanzar, y después unas 200 rupías (7,400 pesetas) para saldar sus deudas. El mismo las ha pedido. ¿Qué queréis? el pez no muerde al anzuelo que no está cebado. Ese hombre no tiene más conocimientos sobrenaturales y grandeza de alma que lo que el paganismo le dió, y esto ¡cuán poco es! Bien sabéis que la gloria del artista consiste en sacar rasgos hermosos de un bulto informe. Busquemos esa gloria; sólo cuesta 200 rupías. Aquí no las tenemos; por lo cual las pido de limosna. Para las almas, queridos bienhechores míos. Cuando la caridad católica haya llenado mi mano, habrá grande gozo en el cielo.

G. ANDRÉ, S. J.

Colegio de Trichinopoly.—Maduré.—Indias Orientales.

DESDE CHINA

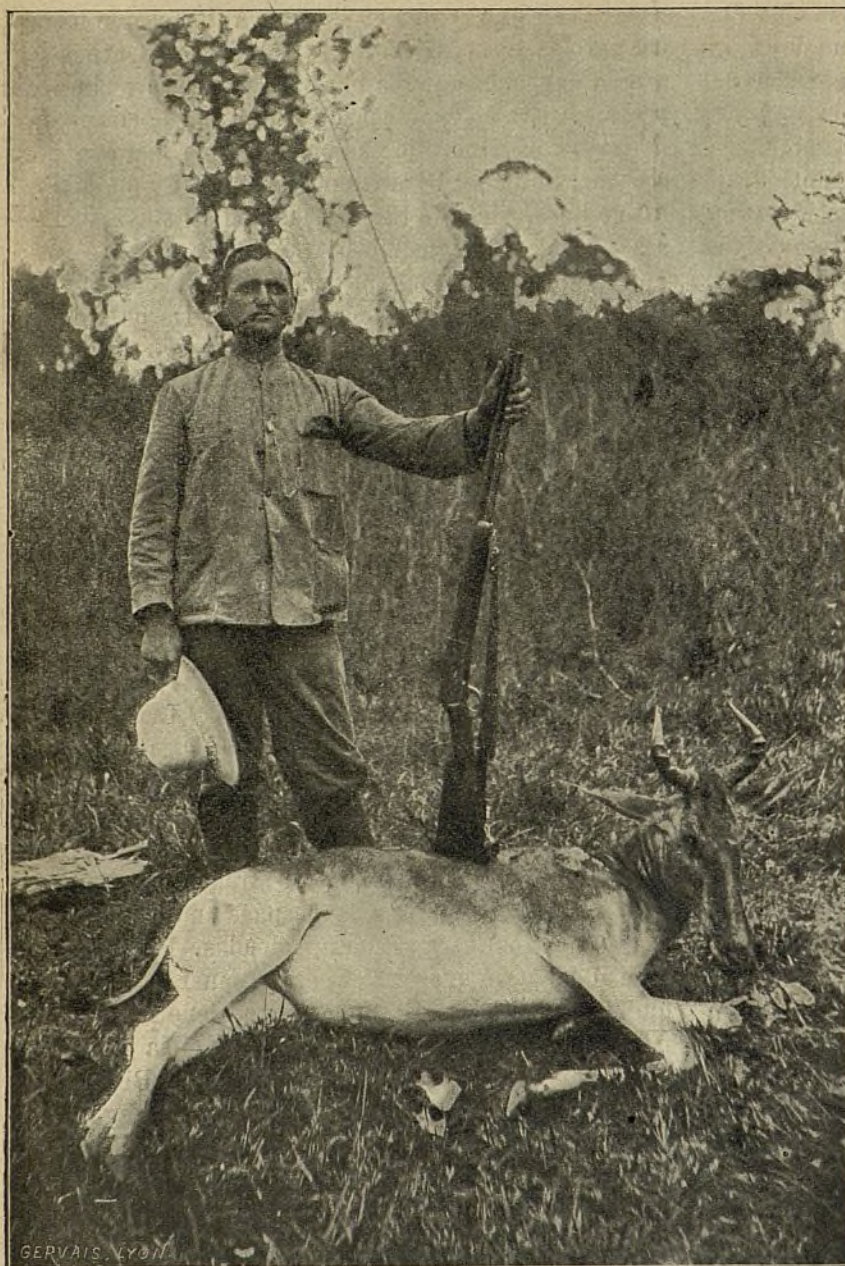
(Conclusión)

IV

EL 22 de Noviembre por la mañana, después de celebrarse las honras fúnebres, se pegó en las puertas de la muralla, en las paredes de los tribunales y otros edificios públicos un edicto del mandarín con las reglas é instrucciones comunicadas por el tribunal de ritos acerca del luto nacional y del tiempo que debe guardarse, que es sólo de veintisiete días, por graciosa dispensación del emperador difunto, como consta en el decreto que firmó la víspera de morir. La ley vigente, mientras no se derogue, es que cuando muere el emperador se guarde luto por espacio de tres años, lo mismo que cuando mueren los padres; pero esa ley suele derogarla el emperador antes de morir, ó el que le sucede.

*

En el proemio del edicto habla el mandarín de la orfandad de China al morir ambos emperadores, y recomendación con mucho encarecimiento á los habitantes de Yo-chou y de toda su jurisdicción que lamenten, como se debe, tan triste y dolorosa pérdida, y que cumplan con toda puntualidad lo dispuesto por el tribunal de ritos, que es lo que á continuación se expresa: 1.º, que los comercios de la ciudad, durante tres días consecutivos, por lo menos, pongan colgaduras de luto en la fachada; 2.º, que los habitantes de la misma y los de su jurisdicción guarden luto por espacio de veintisiete días; 3.º, que nadie se afeite durante cien días, y en ese tiempo se prohíbe: 1.º, casarse; 2.º, celebrar comedias; 3.º, tocar el batintín y demás instrumentos musicales; 4.º, toda clase de espectáculos y diversiones. Esto



ZANGUEBAR.—ENTRE LOS KIKUYUS: BLANCO DE REGRESO DE UNA CACERÍA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. (Pág. 91)

es lo mandado, que no se cumple más que á medias. El luto, que sólo consiste para la gente ordinaria—los mandarines lo guardan más riguroso—en cambiar el botón del gorro, que es encarnado, por otro blanco, azul ó negro, lo guardan todos, sin excepción. Las bodas, que precisamente este mes y el que viene es el tiempo de ellas, siguen celebrándose como de costumbre, aunque las personas ricas, por miedo de ser acusadas al mandarín, que en ese caso no tendría más remedio que aplicarles la ley, sacándoles en castigo algunas chapequillas, omiten prudentemente el aparato y solemnidad externos. Los barberos han quitado la muestra de sus tiendas, pero dentro de ellas afeitan y peinan la coleta, lo mismo que antes, á todos sus parroquianos. Los que peor lo pasan son los comediantes y los músicos, porque, como su oficio es tan público y ruidoso, son más difíciles la ocultación y el disimulo y el salvar las apariencias.

En esta ciudad, que, por lo visto, debe de ser una de las más *impias* del imperio, sólo alguna que otra

casa ha puesto colgaduras de luto, muy pocas; no así en *Sang te*, donde según he oído al P. Agustín de Paz, que acaba de llegar de allí, todas las tiendas y comercios y muchas casas particulares, estaban de luto, y algunas tenían cubierta toda la fachada de tela amarilla, blanca, negra y azul, formando cuadros y dibujos caprichosísimos.

V

El 9 de la luna undécima, ó sea el 2 de Diciembre, se verificó en Pekín, á las doce de la mañana, la proclamación del emperador Sinen Fung, el décimo de la dinastía *Tsin*, que empezó en 1644. Es un niño de dos años y medio, hijo del príncipe *Tchen*, nombrado regente del imperio. En ese mismo día, y á la misma hora, se celebró en *Yo chou*, como en todas las demás ciudades de China, la proclamación y el reconocimiento del nuevo soberano. Fué una fiesta puramente oficial, en la que sólo tomaron parte los mandarines y los invitados por ellos, algunas personas muy conspicuas que desempeñan cargo público ú ostentan grados literarios. La proclamación y el vasallaje se hizo del siguiente modo: En el primer departamento de la pagoda *Uan sou cung*, adornado con colgaduras amarillas, se preparó una mesa ordinaria, bajo un dosel del mismo color que las colgaduras; al pie de la mesa se tendió una alfombra, amarilla también, para que se arrodillasen é hiciesen sus postraciones y zalemas los mandarines; y encima se puso la *tablita* que llaman *uan-suei-pai*, de unos tres decímetros de altura por uno de ancho, con muchos calados y

dibujos á los lados; y en el centro la inscripción, en caracteres amarillos, *Tang-sin-Juang-Ti-uan suei uan-uan-suei uan-uan-uan-suei*, que significa: «Al Emperador reinante, diez mil años, diez mil diez miles de años, diez mil millones de años.» Enfrente de la mesa, un pebetero con tres varillas de incienso y una á cada lado de la *tablita*. Arreglado todo y dispuesto para la ceremonia que iba á celebrarse, llegaron á la pagoda mencionada, un poco antes de las doce, los mandarines y demás invitados en literas lujosísimas, vestidos de gala, escoltados los mandarines de los dependientes de sus respectivos tribunales, que venían, como sus señores, muy vistosos y galanes. A las doce en punto sonó un cañonazo; y á continuación varias descargas, y dió principio la solemnidad. A los lados de la mesa, donde estaba la *tablita uan suei pai*, había dos maestros de ceremonias con una lista, en la que estaban apuntados, por su orden categórico, los nombres de los individuos que iban á realizar el acto de reconocimiento y homenaje al nuevo emperador ante aquella *tablita*, á quienes

llamaban en voz alta y chillona é indicaban lo que habían de hacer.—¡Acércate! gritaba uno de los maestros de ceremonias; y el mandarín llamado se acercaba.—¡Híncate de rodillas! clamaba el otro; y se hincaba.—¡Póstrate! repetía el primero; y se postraba.—¡Saluda! añadía el segundo; y saludaba con tres cabezadas en la alfombra.—¡Retírate! voceaban los dos á un tiempo; y se retiraba. Esto mismo ejecutaron todos, cada uno tres veces, y con eso se terminó la fiesta y volvieron á sus casas con la misma pompa y majestad con que habían venido. Parecida ceremonia, idéntica, mejor dicho, tuvo lugar en los setenta y tantos cañoneros anclados en el puerto, y que ese día se engalanaron con todos sus trapillos, pocos y sucios. Estos cañoneros, que digo son unas barquitas de madera, con un cañoncito á proa, tripulada cada una de ellas por diez *marinos*... de agua dulce, pertenecen á la flota de la defensa de estos ríos y lagos, que los ha limpiado de piratas. Huelga advertir que son los barcos de guerra más baratos y económicos.

Durante todos estos días han circulado por la ciudad los más extraños rumores. Dícese, como cosa cierta, que en *Chiou lung sau*—Monte de los nueve dragones (nombre de un lugar imaginario que no está en ningún mapa, y donde se supone que tiene su corte el empera-

dor de las sociedades secretas chinas), ha aparecido un jovenzuelo de dieciocho años del apellido *Tchu*, que es el legítimo soberano de China, pues descende por línea recta del último emperador de la dinastía *Min*, la anterior á la reinante, que es extranjera, y se asegura que el día menos pensado se sentará en el trono de sus abuelos. Citase en confirmación de esto, que á varios mausoleos de los emperadores de la dinastía actual los ha tragado la tierra, lo que es indicio de que los ha abandonado la *vena del dragón* que los conservaba, y de que ha de sobrevenir un cambio de dinastía que mandará allanar todos los sepulcros del imperio, como es ley y costumbre que se allanen cuando sobrevienen esos cambios (1). Otras muchas historietas y paparruchas he oído, que no apunto por ser muy sosas y extravagantes.

Sin otra cosa especial que comunicarle por ahora, se despide de V., encomendándose á sus oraciones, su afectísimo hermano y amigo.—FR. JUVENCIO HOSPITAL, *(De España y América).* Agustino.

(1) Hasta la actual dinastía, que respetó los sepulcros de la anterior, se han allanado siempre en todos los cambios de dinastía que han ocurrido.

Si no hubiera sido por eso, dado el respeto de los chinos á sus sepulcros, toda China estaría convertida en un inmenso cementerio.

NARRACIONES KIKUYUS

PARA COMPLETAR «LAS MEMORIAS DE UN SALVAJE»

por el R. P. CAYZAC, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en el Zanguebar

VIII

Los Blancos



Los Negros se burlan de los Blancos. Jamás ningún travieso chiquillo acechó á su profesor con tanto celo ni con tanto éxito como acecha el Negro al Blanco, su dueño y maestro; nada se le escapa, sobre todo ningún defecto ó debilidad.

Claro que al Blanco le tienen muy sin cuidado estas burlas. Pero el misionero, por deber y por gusto, en ocasiones siéntase en el hogar de los Negros, desafiando la pesada atmósfera de sus casas.

Cuando el Negro viene á visitaros, sois su señor y dueño; para ser su amigo precisa ir á su casa. Allí es donde aprendéis á conocerle; allí es donde aprendéis también á estimarle; allí, en fin, es donde paulatinamente vais adquiriendo la convicción de que no es un imbécil... Querría poderos traducir el espíritu, el colorido y el numen endiablado con que me fueron contando una noche las dos siguientes partidas de caza.

Las traslado aquí casi literalmente, incluso las expresiones inglesas que suelen intercalar los negros en sus discursos.

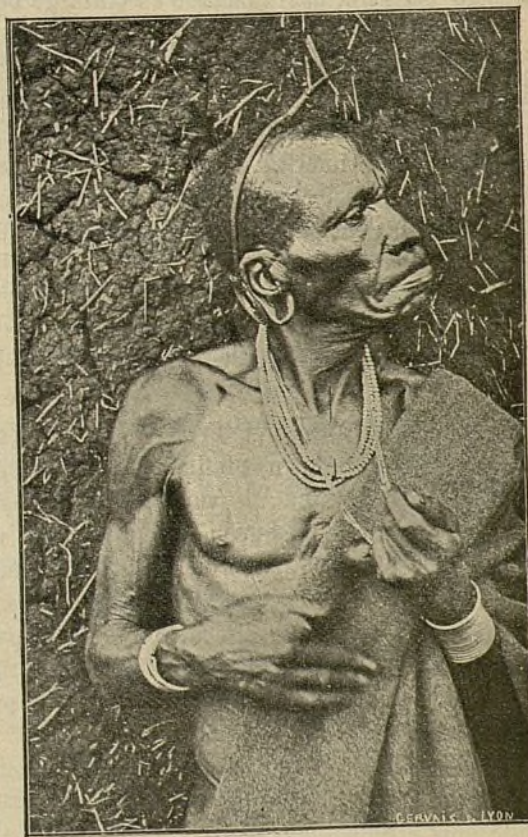
«Cierta día, un cierto Blanco, quiso cazar por el llano, y dijo á Alí, jefe de sus hombres:

«—Oye, Alí: no quiero ver animalitos; yo soy hijo de la *Queen* (reina); las bestias pequeñas las dejo para otros... Quiero matar leones... en una palabra, todo menos rinocerontes; por lo tanto, si ves uno grande...

«Esto diciendo, el hijo de la *Queen* seguía apurando

vasos y más vasos de *whisky-soda*, y que por cierto no era corto el rato que llevaba en tal trabajo.

«Poco después Alí descubre un soberbio rinoceronte



ZANGUEBAR.—ENTRE LOS KIKUYUS: «VOY Á BEBER Á CASA DE FULANO.»—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac.

que pacía tranquilamente á la orilla del río; se lo advierte á su dueño. El Blanco empuña el fusil, y guiado por Alí se acerca al animal sin que éste lo vea.

«—¿No es más que esto tu rinoceronte? ¡Si las vacas de Inglaterra son doble mayores! Ve á la tienda y tráeme la silla y la botella. Quiero ofrecer un *whisky-soda* al rinoceronte.

«El inglés se sentó tranquilamente, bebió un buen vaso y se levantó para llamar al rinoceronte y saludarlo:

«—*Good morning, rhino, how do you do? Have a drink?* (Buenos días, rinoceronte; ¿cómo vamos? ¿quieres beber?).

«El cuadrúpedo le apercibió, y bajando la cabeza se dirigió contra él. El Blanco, en vez de tomar el fusil, como otro hubiera hecho, sentóse de nuevo, y, diciendo que los puños le bastaban para luchar con tan pequeño rinoceronte, aguardó al animal en la actitud de un boxeador, sentado, levantándose tranquilamente las mangas de la camisa...

«Un instante después, el hijo de la *Queen* recibía una tremenda cornada, que, obligándolo á dar piruetas, le enviaba á pasear por los aires...

«Alí, no vió más. Huyó á todo correr, y no paró hasta la estación más próxima, donde se encontraba un médico, que oído el relato salió sin perder momento en auxilio de su compatriota. Lo encontró tendido sobre la hierba, fumando un cigarrillo...

«—¡Ah, doctor! Bebamos un *whisky soda*; luego me amputaréis el brazo.

«—*Nakuambia*, concluyó el historiador, porque el hecho es histórico, y el Blanco ha publicado su aventura en los periódicos europeos, modificando los términos, *nakuambia mzungu mlevi kweli*, que podría traducirse libremente: «Palabra de honor; el Blanco es siempre nuestro maestro, hasta cuando se trata de beber.»

El historiador empieza el segundo relato.

«Cierta día, á eso de las nueve de la noche, otro Blanco apuraba una botella de *whisky*, que distaba mucho de ser la primera... cuando, súbitamente, oye junto á su estancia espantoso rugido. Llama al soldado que daba guardia á la puerta, y le pregunta:

«—¿Qué animal es éste que así canta? Quiero verlo de cerca.

«El *askari*, que por el rugido había conocido al león, y sabía que su amo estaba beodo, fingió ignorarlo, y propuso se llamara al cabo Andara, que conocía á todos los animales.

«El cabo, advertido de las intenciones del Blanco, trazó su plan.

«—Cabo, le dijo el Blanco, ¿qué animal es éste?

«—Es un ave, respondió Andara; un ave nocturna. Mañana por la mañana la podréis ver desde aquí.

«—Pero... si es ave nocturna, ¿cómo podré verla de día?

«—Sí, señor; esta ave sólo puede verse de día.

«—*Get out, you fool*, toma dos hombres y mi fusil; quiero matarla ahora mismo y enviarla al Museo británico.

«El pobre cabo tuvo que obedecer; saludó militarmente, dió media vuelta, salió y llamó dos hombres. En marcha, el europeo al frente, tambaleándose y cayendo á cada paso, guiados por el rugido del león. Pronto dieron con él; pero fué tal la sorpresa del Blanco á la vista de semejante *pajarraco*, que no acertó á disparar, ni siquiera á encararle el fusil. El león de un salto se le echó encima; ambos rodaron por tierra, el Blanco debajo. Este logró sacar su revólver, y disparó al aire todos los tiros; el león no se asustó, pero creyendo que era el cabo quien había disparado, abandonó al Blanco y se arrojó sobre Andara, á quien despedazó.

«Levantóse el Blanco como pudo, y echó á correr como un loco en busca de su casa; pero equivocó el camino, y al amanecer se encontró en otra estación, que á buen andar dista tres ó cuatro horas, y en ella los otros Blancos se burlaron mucho de él...»

Estos son los relatos que amenizan las veladas de los bravos Kikuyus.

Pasan largas horas contando y escuchando extrañas historias; cada uno dice cuanto ha visto ú oído, y cuanto le contó un fulano ó zutano, amigo suyo.

En estas veladas se oyen con frecuencia cosas muy raras, si no sobrehumanas, asombrosas.—(*Continuará*).

OBRA FRANCO-JAPONESA DE LOS FOLLETOS CIENTÍFICO-RELIGIOSOS



OR SUS últimas victorias, el Japón ha adquirido en Asia una influencia preponderante; si se inclina á la verdad católica, esta influencia puede ser de inapreciable valor.

Precisa, pues, alumbrar con la luz de la verdad á la clase directora de este pueblo inteligente y activo.

Y esto sólo es posible por medio de la prensa; un periódico diario exige demasiados gastos, los libros religiosos no se leen, ¿qué hacer, pues, con este pueblo fascinado por la ciencia moderna?

Hay un medio: los opúsculos científico-religiosos, de lectura fácil y amena. Estos opúsculos, firmados por sabios conocidos y redactados especialmente para el Japón, tratarán cuestiones científicas, sacando siempre las conclusiones religiosas que aquéllas encierran.

Nuestro llamamiento ha sido oído. Gracias al celo del Dr. Surbled, la *Obra franco-japonesa de los opúsculos científico-religiosos* se ha establecido en París; está dirigida por el siguiente Comité patronal:

Conde Emilio Bertin, miembro del Instituto, director del *Génie maritime*.

Dr. Branly, catedrático del Instituto católico de París, inventor de la telegrafía sin hilos.

Dr. Surbled, de París.

Dr. Goix, de París.

Dr. Bull, de París.

Ch. de Kirwan.

Por otra parte, con la alta aprobación de Su Exce-lencia el señor Arzobispo de Tokio y de los excelentí-

simos é ilustrísimos obispos de Nagasaki, Ozaka y Hakodaté, se ha formado en Tokio otro comité, compuesto de una docena de profesores y de jóvenes católicos, que poseen casi todos el francés ó el inglés. Este Comité tiene por objeto relacionarse con el de París, hacer traducir los folletos enviados por los sabios europeos y esparcirlos por todo el Japón.

La obra parece, pues, empezar bajo los más hermosos auspicios.

Nuestro anhelo sería publicar un folleto cada tres meses, esto es, cuatro al año. La impresión de un folleto (tirando 10,000 ejemplares) importa unos 500 francos; necesitamos, pues, 2,000 francos anuales.

Imploramos la caridad de los católicos que se interesan por la conversión de los infieles, suponiendo conocen ya la importancia de la prensa en nuestros días. ¿No se ha dicho al efecto que si San Pablo volviera al mundo se haría periodista?

No es para construir una iglesia, ni para sostener una escuela, que imploramos la caridad cristiana. Es para conquistar para la verdad á la clase intelectual de

un pueblo que, si tiene defectos, también tiene brillantes cualidades, y que fascinado por la ciencia humana, se olvida, ó mejor dicho, vuelve las espaldas por su culpa y por la nuestra, á la ciencia sobrenatural revelada por Dios.

¡En nombre de Cristo, en nombre de la salvación de las almas, y osaré añadir, en nombre de la verdadera civilización cristiana, sed generosos! Dos mil francos anuales para ilustrar y quizás para salvar un pueblo, ¿es pedir demasiado á los católicos del mundo entero?

Rogamos á los protectores de esta obra se sirvan enviar sus limosnas al Ilmo. Sr. *Mugabure*, Arzobispo de Tokio, *Tsukiji, Akashicho 35, Japón*, en cheque sobre *Hongkong and Shanghai Bank, en Yokohama*, ó también al Rdo. P. *Compagnon*, Director del Seminario de las Misiones Extranjeras, Procurador de las Misiones del Japón, *128, rue du Bac, París*.

Koishikavva Sekiguchi Daimachi, 19, Tokio (Japón).

L. DROUART DE LÉZEY,
Misionero Apostólico.

AMÉRICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

CAPÍTULO IV.—Tribu Fayajena.—Alarmente curiosidad de la Cacica y crueldad del Cacique.—Horas de terrible angustia y sobresalto.—Carta geográfica de los indios pintada en un cuero de danta.



ON los Erayes estuvimos cuatro días, y, á decir verdad, no la pasamos mal, ni nos vimos en la precisión de poner centinelas para dormir.

El 12 de Noviembre salimos en busca de otra tribu que nos dijeron estaba no muy lejos de la primera, y así fué; porque sólo anduvimos

unas cinco horas para encontrar á los Fayajenes, cuyas casas, aunque algo diseminadas, presentan al viajero el aspecto de un pequeño pueblo.

El Cacique de esta tribu se llama Diñamuy, y la Cacica, aunque tiene varios nombres de animales (como acostumbran ponerse), lleva no obstante el nombre de María.

Como estos indios ya habían tenido noticias de que íbamos á visitarlos, se apresuraron, antes de nuestra llegada, á sacar de sus casas algunos cráneos humanos que aún conservaban como recuerdo de crímenes anteriores, y luego los colgaron sobre un palo que quedaba enfrente de una de las casas, y cerca del camino por donde debíamos pasar nosotros. Como se ve, esta acción revela que aquellos indios, al propio tiempo que sabían que no nos gustaba la vista de aquellos miembros humanos, nos daban á entender el remordimiento habido por los crímenes perpetrados.

Ahora voy á contaros lo que nos pasó al tiempo que llegamos á esta tribu.

Son los güitotos en extremo curiosos; nada les espanta y de todo quieren enterarse, y cuanto más rara es una cosa, más fijan su curiosidad en ella. Pues bien: como para la mayor parte de ellos era la primera vez que veían sacerdotes, al tiempo que llegamos se levantaron todos de sus hamacas, nos cercaron y comenzaron á hacer de nosotros lo que mejor les pareció.

Las preguntas se sucedían unas á otras, y nuestras respuestas eran acompañadas de alarantes risotadas. Enterados que estuvieron del lugar de nuestro nacimiento, de nuestros padres, de nuestros nombres, como también del fin á que habíamos ido, continuaron con un prolijo examen de nuestro cuerpo y vestido. El uno me tocaba los anteojos, el otro se reía del cerquillo, aquél me cogía del capucho, y todos fijaban la curiosidad en mi pobre persona.

Entre todos, la que más se distinguió en dicho examen fué la Cacica María: unas veces metía las manos en mis bolsillos; otras, desabotonándome los puños de la camisa, pasaba sus ásperas manos sobre mis desnudos brazos. Todo, en fin, le llamaba la atención, y de todo se reía haciendo coro con los demás. En esos momentos mi conflicto era el no poder hablarles ni entenderles su dialecto: comprendía, sí, que mucho se ocupaban de nosotros, pero no alcanzaba á discernir si era en bien ó en mal. No obstante, siempre tuve algo de miedo; pues María, no satisfecha con lo ya hecho, se acercó nuevamente á donde yo estaba sentado y comenzó á levantarme el hábito; viendo que tenía ropa interior, se apresuró á desatarme las presillas de los calzoncillos y descubrirme las pantorrillas. En estos compromisos recuerdo que me azoré muchísimo, y sólo le permití lo que se podía. Como mis pantorrillas esta-

ban algo rollizas, la india, enseñándolas á los demás, les decía en güitoto: «*Mare mare;*» sabroso, bueno, como quien dice: está en sazón para comérmolo. Luego, otro tanto hizo con la cara.

Ahora bien: lo que pasaba conmigo, otro tanto hacían con el P. Santiago, quien se había impresionado como yo; pero á todo nos expusimos á fin de tenerlos contentos y ganarlos para Dios.

Hemos visto ya hasta dónde llegó la curiosidad de la Cacica de los Fayajenes; ahora voy á contar una acción cruel del Cacique con su anciano padre.

Advierto que no lo vi, sino que me apoyo en la veracidad del Sr. Gregorio Calderón y de otros muchos que me aseguraron el hecho.

Diñamuy, pues, tenía á su padre ya muy anciano; éste, en mucho se apartaba del odio que los demás tenían á los blancos, llegando su afecto hasta trabar relaciones de amistad con algunos de ellos. Los comerciantes, á su vez, para atraerse al indio, hacíanle varios regalos, y también le prometieron que lo apoyarían en las guerras contra sus enemigos.

Por vía de gratitud ordenó á Diñamuy que todos los días moliera un poco de coca y el polvo lo llevara á dichos blancos. (La coca entre los güitotos es muy apreciada, y su polvo es uno de los mejores regalos de los que hacen á quien tienen afecto). Esta orden se cumplió durante muchos días; pero luego la pereza y la repetición hicieron aburrir al indio, y para librarse de ese pequeño trabajo dijo en sus adentros: «Basta matar á mi papá y no tendré quien me haga moler coca para esos blancos.» Así le inspiró el diablo, y lo tuvo como la cosa más fácil del mundo. Levantóse, pues, el indio, y cogiendo á su padre por los cabellos, hizo casi girar la cabeza sobre el tronco, y en un momento lo tuvo desnucado. Añade también la historia que el parricida tomó del suelo al agonizante padre y fué á acabarlo de matar en el monte. Yo, por mi parte, me inclino á creer todo esto; porque es tal la brutalidad de Diñamuy, que cuando se le pregunta si es verdad que mató á su padre, contesta riéndose: «Sí, lo maté, pero porque me molestaba haciéndome moler coca para unos blancos.»

Este hecho y otros muchos que nos contaron, prueba cómo el hombre sin fe es más cruel é inhumano que las alimañas.

Mil veces, pues, bendito sea Dios, que nos ha hecho nacer en una Religión que es todo amor y respeto para con nuestros padres, y que nos amenaza con maldición cuando faltamos á ese deber. «*Maledictus qui non honorat patrem et matrem suam.*» (Deut.). Sigamos.

Después de encontrar á nuestra llegada desnudas calaveras de algunos muertos; después que los indios hicieron con nosotros lo que más les pareció, y teniendo en cuenta la brutalidad de nuestro Cacique, confieso que cuando hubo llegado la noche, tuve bastante miedo y me pareció llegado el momento de ver, en realidad, cosas que los novelistas cuentan sólo para poner terror á quien las lee. Fué causa de que aumentara mi temor cuando comprendí que el P. Santiago estaba en las mismas circunstancias; y llegó á decirme que debíamos velar aquella noche. De mi parte, no por valiente, sino porque estaba muy rendido, determiné entregarme

al sueño, muy confiado, sí, de que Dios y la Santísima Virgen cuidarían de nosotros. Empero el temor fundado y la mente que ya se había exaltado, fué motivo para que no pudiera dormir, tanto más cuanto que iban apareciendo á nuestros ojos escenas y cuadros horribles al propio tiempo que enigmáticos.

Por ahí á las siete de la noche vimos que un indio salió al medio de aquel chozón y puso al pie de un palo un plato que contenía extracto de tabaco bien cocido. Luego iban acercándose los viejos y los jóvenes, mas no las mujeres, y formaron un círculo al rededor del plato. Esta reunión la presidía el Cacique, quien comenzó por arengar en voz tan alta, que fácilmente se la hubiera podido oír de unas dos cuadras de distancia. El solo hablaría por espacio de un cuarto de hora; luego tomaron la palabra otros y otros, hasta que se formó un desconcierto tan infernal, capaz de sacar corriendo á quien no fuera de espíritu más sereno y no estuviera al tanto de esas bárbaras costumbres. Ignoro completamente el tema de esta acalorada conversación; lo único que entendía era cuando en medio de aquellos gritos, pronunciaban también la palabra Jusiñamuy (Dios), que era el nombre que nos daban á nosotros.

Duraría esta escena, por lo menos una hora, y luego cada cual abandonó su puesto para ir á mecerse en las hamacas, las cuales tenían colgadas muy cerca de los fogones. Estos parecían verdaderas hogueras, y los mantuvieron en ese estado hasta muy entrada la noche. Pero llegó un momento en que, casi por encanto, quedaron apagadas. Entonces pasaban por mi mente horribles suposiciones; redoblaba mis plegarias hacia Dios, y quería me dieran explicación del ruido más insignificante que oía. Quizá eran las doce de la noche, cuando en aquel lóbrego calabozo empezó á dejarse oír un canto tan triste y melancólico, que así como nos causaba espanto, dábanos también mucha pena, porque en mi vida he oído un canto tan conmovedor como aquél.

Preguntamos al intérprete el significado de aquello, y dijonos que sin duda, alguno de los muchos que estaban enfermos moría á esas horas, pues ese canto era como un ¡adiós! que acostumbraban dar los indios en esos críticos momentos. Y así era; porque nosotros, vencidos por la curiosidad, encendimos una bujía y nos dirigimos hacia el lugar donde estas cosas sucedían, y vimos que se retorció en su hamaca un pobre indio, y otro, cerca á la cabecera y en cuclillas, le cantaba, al propio tiempo que con las manos y la boca estrujaba el cuerpo del paciente, por ver si así podía quitarle la enfermedad. Con todos estos cuadros, ¿quién hubiera podido dormir en aquella noche? Pero aún no lo he contado todo.

Al tiempo que nos retiramos del enfermo, me vino la curiosidad de saber en dónde era que los enterraban, y la respuesta fué señalarme en la misma casa y hasta en el mismo lugar donde tenía mi hamaca, las sepulturas muy recientes de los que habían muerto dos ó tres días antes de llegar nosotros. La que estaba junto á mi cama era tan reciente, que uno de los indios por la mañana se acercó y con los pies apisonaba la tierra porque habían dejado á medio enterrar el cadáver.

(Continuará).

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR

M. C. G.

(Continuación)

1.º de Marzo.

Llego de la fiesta de las Hijas de María, donde he oído un sermón admirable, magnífica explicación de las palabras: «Somos auxiliares de Dios.» El Ilmo. Sr. M... aplicó este texto á las mujeres cristianas. Nos ha evidenciado cuanto bien podemos hacer y cuanto trabajar para el reinado de la fe cristiana. La familia es el santuario de la piedad y la abnegación. Sí, lo comprendo, estoy intimamente convencida de que sólo puedo servir á los intereses de la gloria de Dios, hacerlo conocer y amar de cuantos me rodean, practicando las virtudes cristianas, cautivándolos con el encanto de estas virtudes. ¿Cómo dar lo que no tengo? Lucharé para vivir la vida del cristiano, la vida de la fe, para que el Señor me conceda las gracias que necesito para cumplir fielmente mis deberes de esposa y madre. Negarse á sí mismo es fácil cuando se ama, y nunca logré comprender como una madre de familia puede olvidar su misión admirable hasta el punto de buscar la felicidad en placeres vanos y frívolos, en diversiones caras que no le regalarán alegrías verdaderas, y que forzosamente la alejan del cumplimiento del deber. No basta vivir para el esposo y para los hijos. Es preciso que informen los actos cotidianos, su vida entera, una paciencia, un cuidado sumo, una sabiduría cuya trascendencia comprendo, á la par que comprendo cuán difícil es llegar á poseerla y saber conservarla. ¡Cuántas veces desde que me casé me he dicho y repetido: «No has obrado bien, esta palabra debías callarla, debías añadir tal reflexión; cuan más cuerda-mente obraras cediendo, ó al contrario, cuan mejor ejemplo dieras mostrándote en este asunto inquebrantable, varonil!» En la gravísima cuestión que tanto en la actualidad me preocupa, pues depende de ella el porvenir de mi hijo, ¡cuán difícil y delicada es la línea de conducta que debo seguir! En realidad tengo derechos incontestables en cuanto concierne á su educación. Pero mi marido es la cabeza, el señor, ¡cuántas veces me lo he repetido! El sabe lo que deseo, cuan intensamente lo deseo, y, sin embargo, le tiene sin cuidado. Insistir sería mucho peor. Conozco á Carlos, y estoy convencida de que es preferible dejarle por ahora abandonado á sus reflexiones y rezar, rezar mucho por él. ¡Si el Señor se dignara iluminar su inteligencia obscurecida!

15 Abril.

Lo que tanto temía ha sucedido. Las niñas tenían *saldada*, y mi querida Magdalena ha pasado el día entre nosotros.

Máximo y Luis son inseparables, y un día de recreo, como lo son éstos, no sería para ellos feliz si no lo pasaran juntos. Hemos, pues, invitado á Máximo á comer

con nosotros, y la alegría ha sido general y completa. Sentados el uno al lado del otro, los dos niños charlaban y reían á más no poder. Ocurriósele á Máximo hablar de su ingreso en el colegio de los Padres.

—¡Qué lástima, dijo á Luis, que tú no vengas el año próximo!

Y dirigiéndose á Carlos, pregunta:

—Señor, ¿por qué no quiere V. que Luis ingrese conmigo? Sería muy hermoso, y nos gustaría en extremo ingresar juntos. ¡Está tan lejos Octubre!

Vi cuanto contrariaba á Carlos la pregunta y como procuraba disimular.

—Ya sabes, Máximo, que dentro pocas semanas vamos al campo.

—Bueno, no importa. Ustedes vendrían cada semana á ver á Luis, como harán el año próximo; luego le permitirían venir á pasar una temporada en mi casa y así estaríamos siempre juntos.

Mi esposo se levantó de la mesa sin decir palabra, y pasó bruscamente al salón. Pero los niños son porfiados, y no es empresa fácil disuadirles de sus empeños. Máximo corrió tras él.

—Usted me quiere, ¿verdad? y ¿verdad que siempre que visite á Luis querrá verme y mandará llamarme, y nos reuniremos todos en el salón?

Carlos intenta otra vez distraerle cambiando de conversación, y le pregunta si habían paseado mucho y si les había gustado el paseo.

Pero Máximo insiste preguntando:

—¿Dígame que si que mandará llamarme?

—Claro que sí, Máximo; le contestó mi esposo para librarse de él.

Carlos se sentó junto á la mesa, tomó unos periódicos que abrió nerviosamente, y luego salió del salón.

Yo no he dicho palabra. Espero que las circunstancias le obligarán á renunciar su proyecto. Sin embargo, he observado que los hombres suelen á veces considerar humillante y como deshonoroso ceder, aun cuando llegan á convencerse de que sería conveniente renunciar á su primera resolución. En este caso sufren una lucha interior muy penosa, que origina el tratar sin amabilidad, con aspereza, á cuantos son de parecer contrario al suyo. ¡No debemos, pues, atacar de frente una opinión que quizás será derrotada por reflexiones íntimas, por la bondad natural! Sería exponerse á completa derrota provocar una resolución decisiva que sería hija del orgullo y de todo lo malo. Sin parar mientes en cuanto dañan ó destrozan, dicen *quiero*, y pretenden dar pruebas de entereza de carácter, cuando el enojo y la cólera de que se revisten evidencian su debilidad. Estas son las razones que me obligan á cuidar con diligencia extrema de no co-

meter imprudencias en cuestión tan trascendental. ¡Soy testigo del combate que se está librando en el corazón de Carlos, adivino las fases de la lucha y sufro, Dios mío, sufro y espero!

2 Mayo.

Máximo ya es alumno de los Jesuitas. Es medio pensionista, y á última hora de la tarde suele casi todos los días venir un rato á jugar con Luis. Está contentísimo del colegio, y su alegría aviva los deseos de mi hijo de ingresar cuanto antes. Mi pobre Luis está convencido de que seguirá á su amigo. Ni se le ha ocurrido que puede no ser así.

Monte F..., 15 Julio.

Estoy sola con Luis, mi esposo pasa tres ó cuatro días fuera, y Magdalena aun no ha salido del colegio. Siento por el campo verdadera pasión. Todo en él me encanta y maravilla. La naturaleza extiende ante los ojos del hombre sus incontables bellezas, y admirándola me siento más cerca de Dios y alabo sus grandezas. Me gusta pasear sola, y cuando logro internarme sin ser vista en el bosquecillo, que es prolongación del parque, gozo allí momentos deliciosos. Mi madre había hecho colocar bancos rústicos, en los que solíamos descansar y gozar juntas horas inolvidables: uno entre todos merecía sus preferencias: perdido en lo más recóndito del bosque, el espeso follaje de los arbustos lo ocultaba á las miradas de todos. El encantador silencio que allí reina sólo es interrumpido por el canto de los pájaros y el murmullo de las aguas de un riachuelo que se desliza entre los arbustos; notas suaves que lejos de turbar el recogido silencio del bosque aumentan sus espirituales encantos. A cinco minutos de la casa llego á crearme á largas horas de toda humana habitación. Hoy, después de comer, mientras Luis se entretenía en el parque dibujando, he ido á gozar una hora en mi querida soledad. Luchando para acallar cuantos pensamientos podían turbar la paz que anhelaba, cogí el rosario y recé: y la oración preparó mi alma para que volase por los espacios infinitos, donde se siente más cerca al Dios cuyas obras en torno mío proclaman su infinita sabiduría. La naturaleza es libro abierto en el que leo la grandeza y la bondad del Creador. Y este Creador, principio de cosas tan admirables, es no sólo mi Señor y Maestro, sino también mi Padre. Puedo darle este dulce nombre, fuente de confianza. Jesús es quien me enseñó á llamarle como le llamo... Y he rezado lentamente con inefable felicidad el *Padre nuestro*, cuyas bellezas nunca había sentido con la intensidad de hoy. La felicidad de conocer á Dios, de amarle, de vivir suspirando el alma por las esperanzas eternas, henchía mi corazón de una paz, de una alegría que me atreveré á apellidar infinitas. Parecíame entrever el cielo, y no comprender pero sí presentir la felicidad de los bienaventurados. ¡Largas horas hubiera deseado pasar sumida el alma en tan consoladores pensamientos! Pero qué pronto me encuentro otra vez en la tierra: y de nuevo las inquietudes, los malos ratos, las mil molestias de la vida presente... No importa: estos momentos de tregua restauran las fuerzas. Regalan al alma juventud, valor, y cuando renacen las horas negras y los horizontes sombríos, su recuerdo sonríe al alma desterrada. Jamás me atrevería á contárselos á nadie estos rayos

de luz, dulce y penetrante, que de vez en cuando inundan mi alma; ni acertarían á comprenderme; los juzgarían efecto de una imaginación exaltada, producto de una naturaleza soñadora, y á mí me consta que no es nada de esto. ¡Oh, no, Dios mío, Vos sois bueno, infinitamente bueno, y en el camino de vuestra pobre sierva, camino á veces arduo y difícil, os complacéis sembrando de vez en cuando una flor, un rayo de luz. Gracias, Señor, por vuestra gran misericordia, por vuestra bondad sin límites. A pesar de mi pequeñez, de mi indignidad, de mis numerosas faltas, tenéis piedad de mí, os compadeceís de mi debilidad, y nunca enviáis á vuestra criatura pruebas superiores á sus fuerzas.

18 Agosto.

Mi hermana llegó ayer acompañada de sus hijos. Carlos, que fué á buscar á Magdalena, ha llegado con ella. Vednos, pues, de nuevo todos reunidos: pero la alegría que reina en nuestro hogar no es sin nubes. El verano último me inquietaba la salud de Luis. Este año María sufre muchísimo por la de José. Este pobre niño que acaba de cumplir catorce años, ha crecido desmesuradamente. Está delgadísimo, tose mucho y parece muy débil. Los paseos le cansan. La más breve lectura le causa dolor de cabeza, y cada día al anochecer es preso de una fiebre, aunque ligera, de mal agüero. Nuestro anciano doctor es del parecer del médico de mi hermana. Se trata de una salud sumamente delicada, á la que deben prodigarse toda clase de cuidados: será preciso que pase el invierno al Mediodía.

2 Septiembre.

Los niños gozan las vacaciones. Los apuros y las penas son para nosotras. A su edad se desconocen las inquietudes. A José le distraen sus hermanos y sobrinos. Sufre poco, pues todos se empeñan en evitar cuanto pueda causarle fatiga. Cuando los niños organizan excursiones á bosques ó fuentes vecinos, María, José y yo, seguimos á los excursionistas en carruaje, y así nuestro enfermito siente menos su debilidad. Adivina las inquietudes que inspira, pero atribuye su mal al rápido crecimiento.

Mi hermana me habla repetidas veces de los consuelos y alegrías que le regalan sus dos hijos, de los notables avances en sus estudios, de la educación de su voluntad, de la mejora de su carácter, de su piedad sincera. Comprende la pena que debe causarme la triste educación que espera á Luis, y, aprobando la conducta que hasta el presente he seguido con Carlos, me aconseja que cuando me hable de su proyecto redoble mis súplicas para ver si logro disuadirle: pronto se me ofrecerá ocasión, pues estamos ya en Septiembre.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Castellfullit de la Roca.—D. Antonio Guinart, pá-
rroco. 4 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona